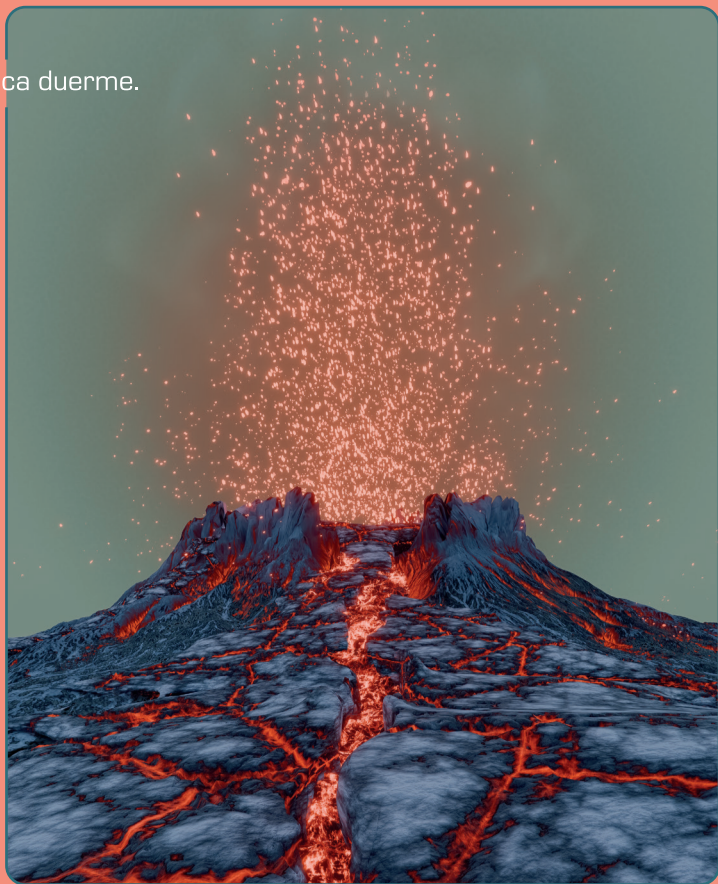


KRAKATOA

Veronica Stigger

Un volcán nunca duerme.



KRAKATOA

Krakatoa

Stigger, Veronica

1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Caja Negra, 2026

200 p.; 21 x 14 cm.

(Efectos Colaterales, 21)

Traducción de Mario Cámara

ISBN 978-987-8272-55-9

1. Literatura Contemporánea. 2. Narrativa Brasileira.

I. Cámara, Mario, trad. II. Título.

CDD B869

Título original: *Krakatoa* (Todavía Editora)

Publicado bajo acuerdo con Agência Literária Riff Ltda.

© Veronica Stigger, 2024

© Caja Negra Editora, 2026

Ilustración de tapa: Anabella Muñoz Candia



Caja Negra Editora

Buenos Aires / Argentina

info@cajanegraeditora.com.ar

www.cajanegraeditora.com.ar

Dirección editorial: Diego Esteras / Ezequiel Fanego

Producción: Malena Rey / Sofía Stel

Coordinación: Candelaria Pera

Diseño de colección: Consuelo Parga

Diseño de interiores: Tomás Fadel / Consuelo Parga

Maquetación: Cecilia Espósito

Corrección: Candelaria Pera

Es un hecho:

Brasil no posee volcanes.

Es fábula:

El poeta se compara a los efluvios calientes del
Vesubio.

Cubre de ceniza y lava lo vivido.

**Waly Salomão, "Cave canem /
Cuidado con el perro" (1995)**

KRAKATOA

Sólo después de que se hizo silencio en el mundo fue posible distinguir con un poco de nitidez el único sonido entonces audible: el coro de los volcanes. Aun así, no todos los sobrevivientes eran capaces de escucharlo. A veces llegaba a pensar que sólo yo lo oía. Yo y los muertos. No porque fuera un infrasonido, sino porque su frecuencia se escapaba de aquellas captadas por la mayoría de los oídos humanos. Era necesario poseer una percepción más aguda para estar en condiciones de distinguirlo — no necesariamente un oído de murciélago, tal vez sí uno cercano al del lobo, como era el mío. El sonido generado por los volcanes no se parecía en nada a ningún otro producido por el aparato fonador humano. Tampoco tenía rasgos que recordaran a los sonidos que emiten los animales. Ni era como los demás sonidos generados por la naturaleza, como el trueno más feroz, el golpeteo del viento sobre la ventana en los días más fríos del invierno, la metralla de la tormenta cayendo sobre un techo de zinc, la explosión de las olas del mar estrellándose contra las piedras en días de turbulencia, la melodía de las gotas en el vidrio, el canto del río corriendo, el coro del colosal volumen de agua de la cascada desplomándose con violencia, el

tintinear de las hojas de los árboles que tiemblan en los bosques, el chasquido del fuego crepitante, el susurro de las alas de los pájaros cuando se agitan. Mucho menos emergía como un sonido artificial, como el del grafito rayando la hoja en blanco, la tiza deslizándose sobre la superficie del pizarrón verde, los dedos presionando las teclas de la computadora, el vaso de vidrio cayendo al suelo, la cucharita de metal siendo depositada sobre la taza de cerámica, el arrastre de la silla, la puerta abriéndose, los pies descalzos sobre el pasto seco, el ventilador a máxima velocidad, el martillo golpeando un clavo en la pared, la batidora en funcionamiento, el lavarropas centrifugando, el tender rompiéndose, el martillo neumático perforando la vereda, las bocinas de los autos, la moto acelerando a toda velocidad, las campanas de la iglesia al caer la tarde, el ancla lanzada al mar, el *chocalho* del chamán, cualquier instrumento musical, los espanta-espíritus agitados por la brisa o los fuegos artificiales. Era otra cosa: un ruido continuo al cual, a veces, a intervalos difíciles de determinar, se le superponían sonidos que se volvían paulatinamente más graves para luego ir subiendo poco a poco en el espectro acústico hasta alcanzar los más agudos. Cualquier comparación sería imprecisa, porque no se parecía a nada que conociéramos. Aun así, seguiré intentando expresar lo que oí. Cuando era grave, recordaba sonidos guturales, muy probablemente producidos por la garganta de los volcanes (las paredes internas del cono que, en su extremo superior, como una boca, se abre al mundo). Cuando era agudo, sonaba algo sofocado, como un silbato tocado por alguien debajo de una gran y voluminosa manta de fieltro o dentro de una enorme caja de cartón. A veces sonaba como el ruido de un cuerpo humano estrellándose contra el suelo duro de un valle después de caer desde un precipicio. No era un sonido alto. Diría incluso que era casi

imperceptible. No era, por lo tanto, como el grito de un volcán entrando en erupción, ese *gran grito de la naturaleza*, como alguien lo definió alguna vez. Por el contrario, tenía la impresión de que ese coro sólo podía entonarse en estados de profunda calma. Era un sonido discreto y algo melancólico. Aunque casi inaudible, era potente. No sé decir si era hermoso. Tal vez porque no se ajustaba a nuestras categorías estéticas, o tal vez porque yo ya no sabía discernir lo bello de su opuesto. Ciertamente no era un sonido tosco, pero tampoco llegaba a ser agradable. Era un sonido que envolvía a los pocos que lo escuchaban: constante, parecía, después de un tiempo, integrarse a nuestros propios pensamientos, como si formara parte de ellos o como si los controlara. Si fuera necesario definirlo con un solo adjetivo, diría que era un sonido fascinante. Al escucharlo, me sentía como una fiera domada por la música de Orfeo. No quería dejar de oírlo. No *podía* dejar de oírlo. Tenía la impresión de que, si lo hacía, algo malo iba a suceder. Al mismo tiempo, temía que ese mismo coro fuera una señal poco auspiciosa. Eso sí es que realmente era una señal. Podía ser simplemente un sonido, un coro, otra forma de manifestación de los volcanes que no fuera la lava ardiente expulsada con violencia en los períodos de erupción. Lo único que sé es que, desde que empezó, el sonido nunca dejó de sonar. Ya no existía — al menos para mí — la posibilidad del silencio. Recuerdo vívidamente el día en que lo percibí por primera vez. Era de madrugada. Después de un tiempo indefinido dando vueltas en la cama intentando dormir, acababa de lograrlo cuando sentí una vibración. Por unos momentos pensé que se trataba del inicio de un sueño, pero la vibración persistía, continua. Todavía no era un sonido propiamente dicho. En estado de somnolencia, supuse entonces que se trataba de un intruso, quizás un ladrón, aunque ya no quedaba nadie con

ánimo de robar. ¿Quién está ahí?, intenté preguntar. Pero, para mi sorpresa, no logré articular palabra. Mi boca se negaba a abrirse. ¿Quién está ahí?, quise volver a preguntar, sin éxito. Mi boca, sin embargo, seguía cerrada. Por un instante pensé que alguien me la había cosido mientras dormía. Aunque me parecía imposible que eso hubiera sucedido, me llevé la mano a los labios para comprobar que estuvieran libres. Y lo estaban. No había señal de hilo quirúrgico, ni de hilo de costura, mucho menos de pegamento. Tal vez no pudiera hablar por el largo tiempo que había permanecido en silencio. O quizás no me había despertado del todo. Todavía sin levantar la cabeza de la almohada, me metí los cinco dedos entre los labios yforcé la entrada, abriendo muy despacio la mano. Los labios se separaron, pero los dientes continuaban apretados. Más despierto por el esfuerzo, me senté en la cama y afirmé el pulgar derecho contra los dientes incisivos, que se proyectaban levemente hacia adelante. Los empujé con furia hacia arriba. La bóveda superior se resistía. Los molares superiores e inferiores parecían pegados. Insistí. Puse toda la fuerza que me quedaba a esa hora de la madrugada, todavía adormecido, y seguí empujando. A medida que la bóveda cedía, iba apoyando uno a uno los dedos de la mano izquierda sobre los dientes inferiores, que iba empujando hacia abajo. La boca entonces fue abriéndose, poco a poco y con mucha dificultad. Me dolía la mandíbula como nunca antes. Con la boca abierta y completamente despierto, intenté nuevamente hablar. Pero ahora era la lengua la que se negaba a moverse. A esa altura ya no me preocupaba la vibración que había creído sentir, sino la desobediencia de mi aparato fonador, que daba señales de que ya no respetaría las órdenes que el cerebro le enviaba. Me levanté de un salto, abrí la boca de par en par con la ayuda de las manos y aspiré todo el aire que tenía en el pecho. Quería

expulsarlo en un grito. Sentí el diafragma contraerse y en seguida relajarse, liberando el aire por la boca, pero sin articular absolutamente nada. Lo que salió de mí estaba lejos de ser un grito. El máximo sonido que logré producir fue un gemido débil, un estertor ínfimo, como el de un moribundo en sus últimos instantes. Me arrojé sobre la cama irritado y golpeé la almohada con el puño cerrado hasta que salieron de su interior media docena de plumas. Una nueva vibración interrumpió mi ataque de furia. ¿Quién está ahí?, quise preguntar otra vez sentándome de nuevo en la cama. Pero no había nadie. Nunca había habido nadie. El departamento estaba vacío desde antes del comienzo del mundo, desde aquel año en que volcanes dormidos hacía décadas, siglos, milenios, despertaron de repente y al mismo tiempo, escupiendo fuego durante días y días seguidos, devastando aún más las ciudades ya arruinadas en sus alrededores. A esos volcanes se sumaron otros que nunca habían dejado de explotar a intervalos irregulares, acompañados de terremotos de magnitud considerable. El mundo parecía entrar en convulsión. Sin embargo, del mismo modo imprevisto en que los volcanes se pusieron en actividad, un día, como por arte de magia, se calmaron — y todo lo demás también se calmó. Entonces se hizo el gran silencio. Ningún cálculo matemático fue capaz de prever la erupción simultánea de esos volcanes, que hacía tanto tiempo permanecían inactivos. Nunca entendí del todo la teoría del caos, pero confieso que, después de leer sobre el efecto mariposa (que podría, según algunos, ser una posible explicación para la súbita actividad simultánea de los volcanes), me gusta imaginar que la culpa de todo es mía, y que eso me convierte en un dios y un verdugo. De hecho, en los interminables meses de soledad y encierro que precedieron al acontecimiento de los volcanes, una mariposa amarilla aparecía frente a mi balcón todos los

días, siempre a la misma hora, y giraba en el aire durante algunos minutos mientras yo tomaba sol y admiraba su danza. Una de esas tardes, extendí el brazo hacia afuera y ella se posó en mi mano. De cerca, era aún más hermosa que cuando volaba. El amarillo de sus alas resplandecía, solar. Después de algunos instantes, voló y no volvió a aparecer. Meses más tarde, cuando los volcanes entraron en erupción, me acordé de ella. Si no hubiera interrumpido su vuelo, ¿los volcanes habrían expulsado lava, todos juntos y al mismo tiempo? ¿Sería realmente posible que un evento tan breve y tan irrelevante como aquel hubiera tenido semejantes consecuencias? Tal vez la noción de causa y consecuencia sea una ilusión meramente humana, que no tiene validez para los volcanes. Aquella madrugada en que escuché el coro por primera vez, mientras las estrellas se iban apagando y la noche le daba paso al día, la vibración fue transformándose en un rumor más audible y sostenido. Me calcé las ojotas, me levanté y salí del cuarto en busca del origen del ruido. Sin prender la luz, imaginando que en la oscuridad podría oír mejor, avancé por el pasillo hasta la cocina, donde me detuve y agucé el oído. El rumor era el mismo: ni más fuerte ni más débil. Abrí las ventanas corredizas para ver si había alguna variación. Ninguna. Fui hacia el lavadero, hasta donde está el lavarropas y el tender para colgarla. Allí, la ventana seguía abierta, pero no había ningún cambio: el sonido era siempre el mismo. Fui, por último, a la sala, y de ahí al balcón, desde donde solía ver a la mariposa amarilla exhibirse. Cuando me asomé a través de la baranda observé una pequeña rendija de horizonte, visible entre la cordillera de edificios que se extendía por todos lados. Noté que estaba amaneciendo. Noté también que el sonido había cambiado, pero no porque estuviera más cerca de la calle, sino porque, con las primeras luces del amanecer, el rumor empezaba a

adquirir una cierta cadencia. Entonces mi respiración se aceleró, como si hubiera corrido, desesperado, tres o cuatro cuerdas, escapando de ladrones o de algo peor. El corazón empezó a latirme rápido y desacompasado. Un temblor me recorrió el cuerpo, desde la base de la columna hasta la parte alta de la cabeza. Solté un gemido, el único sonido que lograba emitir. Se me aflojaron las piernas y, pensando que iba a caer, me aferré con fuerza a la baranda. Mirando hacia afuera, hacia los postes de luz que empezaban a apagarse, intenté controlar la respiración. Inhalé y exhalé varias veces lentamente, hasta tranquilizarme por completo. Cuando me recuperé, me di cuenta de que había eyaculado. Mi pijama, a la altura de la ingle, estaba completamente empapado. Y el semen seguía brotando del pene, escurriéndose por las piernas y embadurnando las ojotas. No se detenía. No lograba hacerlo detener. ¿Cuándo había comenzado a estar erecto? ¿Estaba así desde que desperté? No recuerdo haber sentido la verga dura cuando oí la primera vibración. Tampoco recuerdo qué había estado soñando. El ruido y, sobre todo, la imposibilidad de hablar, me habían desconcertado. Intenté masturbarme allí mismo, en el balcón, suponiendo ingenuamente que me vaciaría de semen y así interrumpiría el flujo. Pero no fue lo que sucedió. Seguía eyaculando. Cuanto más claro se hacía el día, más gozaba sin control y más nítido se volvía el sonido. En el balcón, noté que el ruido no venía de la calle. O mejor dicho, no se propagaba desde la calle, sino que estaba por todas partes. Atravesaba el concreto de las estructuras y las paredes del edificio como si fuera el fantasma de una película. No había ventana antiruido capaz de detenerlo. El sonido las ignoraba, así como ignoraba la altura: desde la calle, desde el hall de planta baja, desde el séptimo piso donde yo vivía o desde la terraza del rascacielos más alto, se lo oía con la misma

intensidad. Ya había amanecido y el sonido se había convertido, al fin, en un coro: el coro de los volcanes. Era música, pero no el tipo de música al que estamos acostumbrados. Ni la música más experimental compuesta por hombres o mujeres sonaba como ese coro. Si lo que empecé a escuchar en ese momento era música, la vibración que la precedía recordaba la afinación de una orquesta, ese instante en que los sonidos producidos por los instrumentos tocados por los músicos ya ubicados en sus lugares todavía no han tomado forma. El coro, sin embargo, no tenía ese carácter informe, preparatorio. Ya era el espectáculo. Los mil quinientos volcanes participaban en él. Como actores imposibilitados de moverse, ocupaban sus papeles en el concierto desde el lugar mismo en que estaban, sin necesidad de caminar hasta el centro del escenario. Así, era inviable percibir la presentación como un todo, porque ocurría en todas partes, extendiéndose por el planeta y confundiéndose con él. No había punto en la Tierra desde donde fuera posible apreciar todos los volcanes al mismo tiempo. Tampoco sería posible desde el espacio, ya que, por ser una esfera, la Tierra jamás se muestra a un observador externo en toda su extensión. Es cierto, sin embargo, que no era algo para ser visto, sino para ser oído. Y el sonido llegaba a todos los confines con la misma intensidad. Me deleitaba pensando que la metáfora del mundo como teatro había alcanzado su forma máxima al mismo tiempo que dejaba de tener sentido. Ya no era una metáfora. Y lo más hermoso es que, en esa reescenificación del teatro del mundo, quien parecía estar al mando no era ya ninguna divinidad, ni siquiera la naturaleza, sino los propios volcanes, los únicos actores con comunicación directa no con lo más alto y elevado, sino con lo más bajo y profundo: la misma entraña ardiente de la Tierra. Quizás no fuera música, pensé, sino una especie de habla; una suerte de habla

musical sólo comprendida por los propios volcanes. El magma era su lenguaje y, al mismo tiempo, su canal de transmisión y recepción. Al principio, pensé que era un coro constituido por un solo conjunto vocal (me resistí a usar el adjetivo *vocal* para referirme al sonido emitido por los volcanes, pero no encontré otro más apropiado: no se trataba propiamente de voz, aunque al mismo tiempo no dejaba de ser una voz, siempre y cuando podamos olvidar, de una vez por todas, el privilegio de la voz humana). Sin embargo, cuando cerraba los ojos era capaz de distinguir diferentes extensiones y tesituras. Y estas eran incontables, en mayor cantidad que aquellas que conocíamos a partir de las limitadas experiencias musicales de hombres y mujeres, o incluso de la naturaleza no volcánica. No sería capaz de identificarlas y enumerarlas justamente porque escapaban de las categorías vocales con las que estaba familiarizado. También, al principio, creí que era un coro que se expresaba al unísono. Por un tiempo quizás hasta haya sido así. Pero, si fue así no duró mucho. Además, con el correr de los días, de los meses, de los años, mis oídos se educaron para escuchar la música de los volcanes. Hoy, percibo que las emisiones, además de ser diversas, se alternan. A veces, los volcanes italianos, que tienen timbres muy parecidos, se elevan y producen un sonido, ni grave ni agudo, que se mantiene estable, como el motor de un aire acondicionado antiguo todavía en funcionamiento. A ese sonido responden, casi al unísono, los volcanes chilenos y, de inmediato, los mexicanos, también ejecutando un sonido medio, pero distinto al de los italianos, porque se encuentran en círculos de fuego diferentes (los volcanes no respetan las divisiones políticas del mundo, sino las geológicas). Poco después, responden los de Islandia, recorriendo la escala acústica desde el más grave hasta el más agudo. Son, me parece, los que tienen mayor alcance. Noté que los

volcanes indonesios, quizás por ser muchos, se dividen en subgrupos de poco más de una decena en determinadas ocasiones (aún no supe precisar cuáles) y se alternan sucesivamente en la emisión de un mismo sonido, que parece imitar el sonido continuo de los volcanes mexicanos. Ese sonido disperso de los volcanes indonesios suele ser la señal para la entrada de los volcanes japoneses y, después, de los americanos. Los rusos, a su vez, secundan a los africanos, cuando estos elevan su mejor agudo después del cuarteto formado por el Etna, el Mauna Loa, el Ojo del Salado y el Anak Krakatoa. Sentía, ahora, que quizás sabía reproducir algunos de los cantos con silbidos, pero nunca recuperé la capacidad de producir algún sonido más articulado para poder probarlo. Tampoco dejé de eyacular, pero el volumen de semen se redujo considerablemente en relación con aquella primera madrugada. Es un hilo más delgado, pero interminable, como si estuviera por acabar, sin nunca acabar. Hace tiempo que, por esa razón, renuncié a usar ropa. Como no salgo del departamento, no me pareció problemático andar desnudo, incluso cuando voy al balcón. Esa madrugada, sin embargo, desperté eyaculando como al comienzo, a borbotones. Me levanté asustado, sin entender bien qué estaba pasando. De pie y despierto, percibí que una sola voz se superponía al coro, que se había transformado en una especie de acompañamiento distante. El solista — lo reconocí por el timbre — era el Eldfell, el volcán que nació algunas horas después que yo, hace cuarenta y ocho años, y que nunca volvió a entrar en erupción. No sabía explicar cómo ahora entendía perfectamente lo que cantaba. Era un canto largo y monótono, una canción de alborada al modo de los volcanes: trazaba un largo arco que iba desde la aurora hasta el crepúsculo, del comienzo al fin de los tiempos. Empezaba con la separación de los planetas y el nacimiento de los

volcanes no sólo en la Tierra, sino en todo el universo. Contaba cómo se había iniciado la vida y cómo todo se desarrolló desde entonces hasta la catástrofe y, desde esta, hasta el final que aún está por venir. Sin embargo, mientras el canto se acercaba a la revelación final, menos nítido se volvía para mí. De repente, pasaba de la comprensión a la incompreensión, y ya no entendía nada de lo que se cantaba. Pero no era sólo yo. Los otros volcanes también parecían no entender más lo que entonaba su compañero y poco a poco se iban callando. Sólo el Eldfell sabía cómo terminaría todo — y su canto ahora tomaba la forma de un secreto.

MONÓLOGO DEL CARBÓN

El mundo estaba completamente devastado. Sólo quedaba intacta la caverna en la cima del monte desde donde, como dioses, contemplábamos la destrucción. Era nuestro Ararat, y era nuestro Olimpo. Debajo, nada se mantenía íntegro. Los otros montes se habían desmoronado, como si potentes e innumerables explosivos hubieran sido detonados simultáneamente en sus interiores. Los edificios se habían derrumbado. Las calles, sobre las cuales cayeron las pesadas ruinas, estaban llenas de agujeros. En algunos puntos, grandes zanjias se abrieron y, desde su interior, emanaba un gas fétido y ardiente. Rajaduras en el suelo resquebrajaban las rutas. Los autos habían sido aplastados por los escombros de las construcciones y de los montes. Sus restos metálicos y sus vidrios rotos en mil pedazos se integraron al suelo y componían una suerte de mosaico. Por todas partes había restos de papel, plástico, comida y de todo tipo de líquidos imaginables. También había fragmentos de tejidos orgánicos tan pequeños que nadie podría determinar su procedencia: si eran humanos, animales o vegetales. Todos los árboles habían sido derribados. Sus ramas estaban desnudas y las pocas hojas que había en el suelo, secas. Ya no había más verde. No

había ningún otro color, salvo el rojo de las llamas que brotaban en innumerables puntos, como fogatas de San Juan.

MUNTAGNA

Estaban todos muertos, pero no lo sabían. O fingían no saber. Eran cuarenta y ocho ex compañeros de escuela. Todos tenían 48 años, como yo. Los tres que habían muerto más jóvenes no aparecieron, aunque también habían sido convocados. Todos vestían pantalones gris oscuro y camisetas rojo vivo. Algunos creían que el traje había sido elegido en referencia al antiguo uniforme escolar. Pero no, me susurró al oído Sandro, que acababa de detenerse a mi lado sin que yo notara que se estaba acercando. Había sido elegido por la propia Muntagna. Con esos colores se refería a los dos principales momentos de su lava: ardiente y petrificada. Todos — hombres y mujeres — tenían la cabeza rapada, como si fueran reclusos de un antiguo hospicio o integrantes de alguna secta venidera, y caminaban en fila india. Muy serios y sin cruzar palabra se dirigían hacia la Gruta de la Nieve que, después del comienzo del mundo, volvió a llamarse Colegio. Nada en su apariencia indicaba que estuvieran muertos. Sus movimientos eran ágiles. Sus mejillas estaban rosadas y sus pieles — aunque quizás excesivamente elásticas y brillantes — doradas por el sol de verano. Sus cabezas calvas resplandecían a la luz del amanecer. Momentos antes de empezar

la larga caminata y todavía de madrugada, podían ser vistos sentados en el suelo, en la parte más baja de la *volcanesa*, con las piernas cruzadas por delante (como hacían en las clases de arte cuando eran niños), tejiendo cestas de paja con tal velocidad que sus manos parecían máquinas. Eran esas cestas las que ahora llevaban en la espalda, sujetas a la cabeza por una correa tramada en el borde. Dentro de cada cesta había una pala, un poco de paja y un montón de hojas secas. Subían por el camino de piedras volcánicas, que recordaba las antiguas vías romanas, manteniendo siempre un mismo ritmo — ni lento ni acelerado — como si marcaran el compás de una música inaudible. Les llevó casi tres horas llegar al Colegio, que se encontraba a más de mil cien metros sobre el nivel del mar. Al atravesar la cerca de madera que lo rodeaba, deshicieron la fila india. Rodearon el techo de paja que ellos mismos habían tejido en invierno para cubrir la entrada de la caverna: una enorme boca de veinte metros de diámetro abierta a la altura del suelo, con una profundidad de diez metros. El techo era lo suficientemente grande para ocultar el interior y había sido colocado sobre una especie de puente de lava petrificada que unía los dos lados de la abertura, a un metro y medio sobre el suelo aproximadamente. Dejaron las cestas cerca de allí, tomaron sus bordes y juntos contaron hasta tres, para levantar el techo sobre sus cabezas. Sólo cuando lo vi levantado, noté que se habían organizado desde el principio por orden de altura para que, cuando llegara ese momento, los más bajos no tuvieran que andar en puntas de pie como bailarinas. Es verdad que el techo estaba en desnivel, pero al menos parecía estar firmemente sostenido. Caminaron con el techo algunos metros hacia la izquierda, donde había un descampado, y lo dejaron en el suelo. Recuperaron las cestas y retornaron al Colegio, rodeando nuevamente su entrada, ahora abierta.

Desde lo alto se veía una cama de hojas secas, a menos de medio metro del borde. Contaron nuevamente, al unísono, hasta tres y luego saltaron sobre las hojas con las cestas a la espalda. Una vez dentro de la caverna, apilaron las hojas en un rincón, revelando una nueva capa, esta vez de heno, que arrojaron hacia afuera con las palas. Debajo había hielo que ellos mismos habían recogido en el invierno y almacenado allí para que durara hasta el verano. Cuando la Muntagna se cubría de nieve, me contó Sandro, ellos aparecían con los mismos pantalones gris oscuro, pero con gruesas camperas de nylon rojas y las cabezas protegidas por gorros de lana también rojos, y compactaban con las palas los copos de hielo, que luego guardaban en las cestas tejidas en ese mismo lugar momentos antes. Luego dejaban el hielo en el Colegio, arrojaban heno y hojas secas sobre él para preservar la temperatura que, en esa gruta, siempre era baja, y se juntaban para tejer el techo de paja. ¿Desde cuándo hacen eso?, le pregunté a Sandro, evitando mirarlo directamente. Por el rabillo del ojo noté que él también vestía pantalón gris oscuro y camiseta rojo vivo, pero no tenía la cabeza rapada: lucía su melena rubia con el mismo corte que cuando nos vimos por última vez hacía más de tres décadas (según la antigua forma de contar el tiempo del mundo). Desde el comienzo de esta era, me respondió, sin darse vuelta. ¿Y por qué no estás entre ellos?, agregué. Por la misma razón por la que tú tampoco estás, me contestó. Y completó: al contrario que ellos, vimos nuestras sombras en el fondo del pozo aquella madrugada de San Juan cuando sucedió la gran competencia en la escuela. Su voz ya no era la misma. O yo había olvidado cómo era. De cualquier modo, no sabría decir qué había cambiado. Sospechaba que no era el timbre, sino el ritmo y el volumen del habla: más pausado, más bajo, casi un susurro. Parecía cansado. Sandro, en verdad, nunca fue

muy vivaz. De repente comprendí que él siempre tuvo, desde el principio, 48 años. Hoy sería San Juan si siguiéramos computando el tiempo de la misma manera que antes, dije. Lo sé, me respondió y se calló. Los ex compañeros rompieron el hielo con las palas, juntaron los pedazos y llenaron las cestas de paja. Taparon el hielo de nuevo con heno y hojas secas, acomodaron las cestas en sus espaldas y escalaron, con cierta dificultad, las piedras de basalto que recubrían las paredes internas del Colegio. Una de las mujeres — la que en la infancia se disfrazaba de Blancanieves — cayó al intentar subir la pared resbaladiza. El más alto y fuerte del grupo, que ya estaba fuera del Colegio, saltó de nuevo adentro para ayudar a la compañera. Le hizo pie y ella logró salir de la caverna. Todos se pusieron en fila india por orden de altura, tomaron el camino de piedras volcánicas y bajaron rumbo a la ciudad. Había pasado la hora del almuerzo cuando llegaron al puesto de granitas de Víctor, que los esperaba sentado en un banco alto, con los brazos cruzados apoyados en la barra que se extendía de punta a punta de la enorme ventana abierta. Vestía una camisa blanca de cocinero con tiras en rojo intenso, el mismo color que su pantalón. Su cabellera rubia se parecía a la de Sandro, quien — recién ahora lo percibía — ya no estaba con nosotros. Víctor también tenía 48 años — y eso era imposible. Su puesto era íntegramente blanco, cubierto con motivos primaverales: hojas, flores y pequeñas ramas pintadas por él mismo en forma espiralada, en colores rojo, verde, azul, rosa y amarillo. Al ver acercarse al grupo, se levantó y abrió la puerta, permitiendo que cada uno entrara y depositara en el recipiente adecuado el hielo recogido. Terminada la tarea, los excompañeros tomaron sus cestas y, siempre en fila india, volvieron a la Muntagna. El sol ya se acercaba al ocaso cuando Víctor terminó de preparar las granitas. Tenía más de veinte sabores diferentes.

Y no había ni un alma para comprarlas. Me acerqué entonces al puesto. Revisé los bolsillos de mi pantalón gris oscuro y encontré una última moneda. Extendiendo la moneda a Víctor, le pregunté qué sabor recomendaba. Jazmín, respondió. ¿Es bueno?, pregunté. A los sicilianos les gusta, me aseguró.

MONÓLOGO DEL HIELO

Es preciso extinguir el fuego.
Es preciso hacer cesar el calor.

Que los vientos polares se levanten
y traigan con ellos el diluvio.

La muerte del hielo
es volverse agua.

ÍNDICE

11	KRAKATOA
13	Alba
25	Monólogo del carbón
27	Muntagna
33	Monólogo del hielo
35	Colegio
37	Monólogo del agua
39	Eldfell
47	Monólogo del fuego

49	Popenguine
53	Coloquio (Caverna)
61	Massalia
75	Monólogo del petróleo
77	<i>Aclimação</i>
83	Coloquio (Manglar)
89	Aurora

93	ANAK KRAKATOA
----	----------------------